

AUTO DE FE

Nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido", afirma la primera frase de *Masa y Poder*, el monumental libro de Elías Canetti.

Es una primera frase sobrecogedora. Su inmediata y elemental verdad no se nos transmite a través de ninguna reflexión anterior sino de nuestro propio sentimiento al leer y reconocer el sentido de la frase. Lo desconocido es la muerte. Pero Canetti, en vez de decirnoslo, nos hace sentir la verdad de ese temor como una experiencia cotidiana. Todos hemos pasado por ella, aún sin saberlo o sin reconocerla; muy pocos la hemos reflexionado al reconocerla. En esos mismos términos, en el último párrafo de ese primer apartado que ocupa menos de dos páginas en un libro enorme, se afirma también que: "Sólo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto". Temor a lo desconocido en la vida cotidiana dentro de la soledad de cada hombre; anulación del temor mediante el rompimiento de la soledad al participar de los movimientos de masa. No ser uno sino todos. Pero también se deja de ser uno con la muerte y se entra a la más grande Masa de todas: la de los muertos. El temor a lo desconocido se pierde cuando se es parte de lo desconocido. Pero sólo se es parte de lo desconocido perdiéndose a uno mismo. La Masa temporal finalmente se desintegra; la Masa de los muertos está fuera del tiempo y nos convierte para siempre en sus partícipes. No es improbable que, antes de la definitiva afirmación del progresivo descubrimiento del lugar de la masa y su verdadero carácter, su origen y su relación con el poder, Canetti pensara también en la locura como una forma de perder la individualidad. Al menos esto nos relata él mismo en relación con su primer libro en uno de los ensayos de *La conciencia de las palabras*.

De acuerdo con Canetti, este primer libro se desprendió de un proyecto mucho más vasto que, para el estudiante de Química que era entonces y que proyectaba ser escritor, debería formar parte de un grupo de ocho novelas en las que se realizaría una especie de "Comedie Humaine de la locura". Varias circunstancias fortuitas alimentaron ese proyecto. El estudiante se había cambiado del centro de Viena a una habitación en las afueras que ocupaba todo el segundo piso de una casa. Desde las ventanas podía contemplar los viejos árboles del zoológico y también las instalaciones de Steinhof, el manicomio municipal, la ciudad de los locos que tenía más de seis mil habitantes. La dueña de la casa, cuya personalidad le impresionó desde que expuso ante ella sus condiciones para rentar el cuarto, usaba una larga y gruesa falda e inclinaba ligeramente la cabeza para escucharlo. Se convertiría, transformada de acuerdo con las exigencias de la

novela, en Therese, la protagonista femenina de ese primer libro, titulado *Die Blendung* y traducida, de acuerdo con el propio autor, con el no menos apropiado título de *Auto de Fe*. Otro suceso, que también lo decidió a estudiar el comportamiento de la Masa como misterio fundamental a desentrañar en su obra, influiría definitivamente en que *Auto de Fe*, separado del proyecto original de la "Comedie Humaine de la locura" se convirtiera en su primer libro, fue el incendio del Palacio de Justicia en Viena, ocurrido el 15 de julio de 1927. Impulsado a participar en esa acción general, asimilado a la Masa que protestaba contra la sentencia que declaró inocentes a los asesinos de un grupo de obreros en el Burgenland y en la que la policía disparó sobre los manifestantes provocando más de noventa muertos, Canetti vio a un hombre extremadamente delgado que en una calle lateral, a un lado de los manifestantes, mientras el Palacio de Justicia ardía, ignorando los muertos, ajeno a la agitación a su alrededor, movía los brazos gritando: "¡Las actas se queman! ¡Todas las actas!". La dueña de la casa y el hombre delgado que se preocupaba por los papeles quemados. Canetti tenía de pronto a los protagonistas de su novela. El hombre delgado sufrió las mismas transformaciones que la dueña de la casa y finalmente, dejando muy atrás su modelo original pero no el recuerdo de su obsesión por las actas a las que colocaba por encima de los muertos, se convirtió en Peter Kien, último nombre, nombre definitivo, del Hombre-libro, un sabio sinólogo cuya locura es una razón: en tanto hombre de saber ama por sobre todas las cosas a su biblioteca en la que se encuentra encerrado el conocimiento o más bien ama los libros de esa biblioteca, ama a los libros, es un Hombre-libro. Su departamento, con las ventanas tapiadas, se ha convertido en una biblioteca y rodeado de sus libros, Peter Kien duerme en un estrecho sofá en la habitación de al lado donde se encuentra también su escritorio, en el cual realiza sus tareas como eminente sinólogo y come frugalmente. El Hombre-libro pone un escueto aviso solicitando una sirvienta para que limpie su biblioteca y se ocupe de sus mínimas necesidades. Therese, fascinada por la forma en que está redactada la solicitud y segura de que en ella se encuentra la oportunidad de su vida, se presenta a pedir el trabajo. Entrada en años, con su aspecto vulgar, con su tiesa falda azul, es aceptada de inmediato.

Pere Therese, en su ignorancia, posee una profunda sabiduría y está segura de que no hay hombre que no oculte un defecto secreto. Espera pacientemente a descubrir el de Peter Kien. ¿Será la morfina, la cocaína, a qué hora sirve a ese vicio secreto? Por el primer capítulo de la novela, titulado "Paseo matinal", sabemos que Peter Kien sólo



abandona su biblioteca para realizar ese paseo. Ese es el único momento en que Therese no sabe concretamente qué hace el hombre a cuyo servicio está. Pero su paciencia no tiene límites. Algún día se presentará la oportunidad de averiguar cómo emplea ese tiempo en el que debe servir a su vicio secreto. Y ésta llega en efecto. Hasta el hombre ascético por excelencia, el sabio absoluto dedicado a sus estudios, es humano. Una mañana, antes de salir a su paseo, Peter Kien deja caer un libro al piso. Inmediatamente le grita a su sirvienta para que traiga un plumero y sacuda el libro. Ese es el vicio secreto de Peter Kien: los libros. Lo que hace por las mañanas es emplear una hora en decidir qué libros sacará a pasear y luego otra hora paseándolos junto con él. Therese ya lo sabe todo. Enseguida procede a mostrar un respeto y un amor semejante por los libros. Le pide a Peter Kien un préstamo. Peter Kien cree en el saber. Busca en su biblioteca un libro de infancia que considera apropiado para la mentalidad de Therese. Luego la encuentra leyendo ese libro con todo respeto, con unos delicados guantes cubriendo sus rudas manos para no estropear ese objeto sagrado. Therese ama también a los libros. Peter Kien empieza a respetar a su criada. Guiado por los consejos que encuentra en Confucio, el sabio sinólogo decide que su deber es casarse con ella. El matrimonio se realiza. Therese es ahora dueña también de la casa que Peter Kien, dedicado por completo al estudio, no abandona ni siquiera para asistir a algún congreso de sabios sinólogos, que sólo lo conocen por los ensayos que lo han convertido en una indiscutible autoridad en su materia.

El Hombre-libro y la burda criada, la absoluta entrega al saber y la obstinada decisión de llevará finalmente a tener un mundo propio, un lugar en el mundo. Cuando llega el momento de cumplir con su deberes maritales, Peter Kien cubre suntuosamente de libros el estrecho sofá-cama en el que tomará a su esposa. Esta tira violentamente los libros al suelo, ocupa el diván y deja a su marido llorando en el baño como un niño, mientras los libros conocen el polvo del suelo. El matrimonio se convierte en una desigual lucha de voluntades. No es difícil saber que Peter Kien será derrotado

do por Therese. La biblioteca cede el paso cada vez más a una verdadera casa habitación. Al borde de la derrota total, Peter Kien opta por un último acto heroico: pone al revés sus libros de manera que los lomos queden hacia atrás y sólo se vean las espejeantes hojas indistintas entre sí. La biblioteca ya no está formada por libros individuales que forman un conjunto: es una Masa indiferenciada y por tanto también un ejército. No ha sido fácil formarlo. Schopenhauer, por ejemplo, se ha negado a estar sin su personalidad propia junto a Schelling, su enemigo de siempre. Pero Peter Kien sabe que debe oponerse, para bien suyo, hasta a la voluntad independiente de los autores. Subido a la escalera de su biblioteca, arenga a sus libros convertidos en ejército. Se libra una batalla y ellos deben estar listos para combatir sin ninguna diferencia individual. El resultado del combate se anticipa cuando Peter Kien se desploma de la escalera llevado por la misma intensidad de su arenga. Por lo pronto, hay que retirarse del campo de batalla, la mejor táctica militar lo aconseja así.

Para entonces no cabe duda de en qué terreno nos encontramos y éste es sobrecogedor, nos abruma e impresiona hasta ser difícil proseguir la lectura y hasta hacer imposible dejarla. Fascinados y aterrorizados comprobamos que la novela se ha convertido en una ventana desde la que espiamos la conducta de los locos. Y ahora la comedia de la locura, para Peter Kien que encerrado en su biblioteca estaba dispuesto a entregarse al conocimiento y preservarse de todo contacto con el mundo, se desarrollará en gran parte fuera del departamento. La multiplicidad de caracteres y puntos de vista invade la novela. Peter Kien lleva su biblioteca en la cabeza, después de todo. Con un burdo papel de estraza bajo el brazo en el que, imaginariamente, están todos sus libros, pasa los días caminando sin rumbo y por las noches **alquila** habitaciones en distintos hoteles baratos, saca de su **envoltura** sus libros y acomoda cuidadosamente su biblioteca. En sus vagabundeos diurnos por la ciudad, entra en **contacto** con muchos de los grotescos y no menos locos personajes que pueblan los bajos fondos de Viena y que se aprestan, por supuesto, a sacar provecho del loco que lleva su biblioteca bajo el brazo.

Los sucesos siguen siendo dolorosos, terribles y cómicos. Entre las prostitutas, los borrachos, los ladrones, destaca un enano que sueña con ser campeón mundial de ajedrez y juega a veces con los clientes de la prostituta bajo cuyo camastro la escucha ejercer sus funciones. Este enano, llamado de Fischerle, ve, de una manera igual a la de Therese, las posibilidades que ofrece la locura de Peter Kien y se apresura a ofrecerle sus servicios. Por supuesto, Peter Kien cae en el engaño: Fischerle es un alma gemela. Todas las noches él lo ayudará religiosa y meticulosamente en la cansada tarea de desempacar y ordenar sus libros. Pero Fischerle también sabe cómo sacar provecho de sus servicios. Mientras sueña con imaginarios combates en los que llega hasta ser campeón mundial de ajedrez, en el campo de la "realidad" entra en contacto con Therese que ya vive como dueña y señora en el antiguo departamento del Hombre-libro y se ha hecho amante de otro personaje con su correspondiente locura: el conserje del edificio que atesora entre sus recuerdos la feliz época en que no vivía solo en su covacha de conserje, sino que era el amante y dueño absoluto de su hija hasta que ésta murió por los malos tratos de él y que, antes de irse a vivir con Therese, estaba siempre de rodillas en la portería del edificio espiando por el ojo de la cerradura las entradas y

calidad de los inquilinos, como todo conserje con un verdadero sentido de su oficio en cualquier gran ciudad. Fischerle forma una suerte de banda a base de prostitutas, viejas y viejos mendigos, amigos suyos en los siniestros cafés de los bajos fondos y con la complicidad de Therese la biblioteca de Peter Kien empieza a ser empeñada en la casa de préstamos de Viena bautizada con el nombre de "Teresiana", en honor de la emperatriz María Teresa.

Pero, sin embargo, Fischerle le tiene una cierta simpatía al sinólogo cuya locura está permitiendo que el sueño de realizar la suya prospere haciéndole imaginar que ahora la riqueza obtenida con el empeño de los libros podrá hacer que se traslade a América para retar al campeón mundial de ajedrez. Un sastre, con el que entabla amistad, lo convertirá en un apuesto ajedrecista gracias a sus habilidades para cambiar su fisonomía y Fischerle que se supone ya Fischer, nuevo campeón de ajedrez y descuida el negocio de los libros abandonándolo definitivamente al advertir que Peter Kien lo está arruinando comprando a la banda organizada por Fischerle los libros que ellos llevaban a empeñar para que no tengan un destino tan triste, abandonados en el "Teresiano", antes de en sus sueños partir para América, le pone un telegrama al hermano de Peter Kien, del que Fischerle ha oído hablar al propio Peter Kien en el que dice: "Me estoy volviendo chiflado", como si fuera Peter Kien quien envía el telegrama.

Este hermano, llamado George, es un doctor que vive en París como un *bon vivant*, al que Peter Kien desprecia y que ha abandonado la ginecología para dedicarse a la psiquiatría por un mero accidente. Cuando visitaba como amante a la mujer de un banquero, el marido llegó inesperadamente y la mujer tuvo que presentarlo como un médico que había ido a ver al hermano del banquero, recluso en un pabellón de la casa porque está loco. Su locura consiste en sentirse gorila. El mundo de la ciencia supone que George Kien abandonó la ginecología para convertirse en psiquiatra porque éste es el campo en el que sus capacidades son extraordinarias y,

como Peter en el campo de la sinología, es reconocido y aplaudido mundialmente, con la diferencia de que George goza con su éxito dentro del mundo. Sus apasionados admiradores y discípulos asisten asombrados o conocen a distancia las milagrosas curaciones mediante las que George Kien trae de nuevo a la realidad a los locos. Pero George Kien los engaña a todos. Su secreto como psiquiatra, la auténtica razón por la que abandonó la ginecología, es que, durante su forzada visita al hermano del banquero, se quedó fascinado con el loco que se sentía gorila hasta el grado en que logró, a base de paciencia, admiración y comprensión, entender y hablar por completo el lenguaje del loco mediante el recurso de identificarse totalmente con la locura que lo hacía sentirse gorila. Así, su verdadera pasión, su convicción más firme, no está del lado de la razón sino del de la locura. Para George Kien los locos están en lo cierto, no han descendido en la escala humana sino que han ascendido hasta el punto más alto de ella: lograr que en él los extremos se toquen, dejar el carácter humano y volver a ser animales. El desprecia a los locos que logra "curar". Habla perfectamente con sus "enfermos", los visita de continuo llevado por el placer que le proporciona el conocimiento que ellos poseen y sus admiradores ven en este hecho el aspecto humanitario del gran científico. Cuando George lee el telegrama que le envió Fischerle decide ir a ver a su hermano porque advierte que él jamás emplearía la palabra "chiflado" en vez de loco, a pesar de que, desde luego, hace mucho que la pureza de Peter Kien lo ha decidido a romper toda relación con ese hermano que vive entregado a los placeres de un mundo ajeno al puro conocimiento.

Al llegar George al edificio donde está el departamento de su hermano, la situación es crítica. Peter, cuyo dinero se ha terminado y ha sido abandonado por Fischerle, ya no realiza trabajos de sinología sino que ha pasado a ocupar el lugar del conserje que vive con Therese en la casa de él y está de rodillas todo el día espionando a los inquilinos por el ojo de la cerradura. Sin ningún esfuerzo, Georges Kien vuelve a

